

# El mundo entre las manos

Juventud y política  
en la Argentina del Bicentenario

Miriam Kriger  
/directora

Hernán Fernández-Cid  
Cynthia Daiban  
Juan Dukuen



FACULTAD DE PERIODISMO  
Y COMUNICACION SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Ediciones **EPC**  
de Periodismo y Comunicación

**EL MUNDO ENTRE LAS MANOS  
JUVENTUD Y POLÍTICA  
EN LA ARGENTINA DEL BICENTENARIO**

**MIRIAM KRIGER**  
DIRECTORA

**JUAN DUKUEN**  
**CYNTHIA DAIBAN**  
**HERNÁN FERNÁNDEZ-CID**

**OBSERVATORIO DE JÓVENES, COMUNICACIÓN Y MEDIOS**

**DIRECTORA**  
**Dra. Andrea Varela**

**COLECCIÓN JUVENTUDES**  
**Dra. Ayelén Sidún**

El mundo entre las manos : juventud y política en la Argentina del Bicentenario / Miriam Kriger ... [et al.] ; dirigido por Miriam Kriger. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2017.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-1519-1

1. Política Argentina. 2. Participación Política. 3. Adolescente. I. Kriger, Miriam II. Kriger, Miriam , dir.

CDD 320.0982

Diseño y Revisión de textos: Ediciones de Periodismo y Comunicación

**Ediciones EPC**  
de Periodismo y Comunicación

Derechos Reservados  
Facultad de Periodismo y Comunicación Social  
Universidad Nacional de La Plata

Primera edición, Agosto 2017  
ISBN 978-950-34-1519-1  
Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Se permite el uso con fines académicos y pedagógicos citando la fuente y a los autores.

Su infracción está penada por las Leyes 11.723 y 25.446.

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	6
PRESENTACIÓN. EN BUSCA DE LA POLITIZACIÓN JUVENIL Y SUS SENTIDOS RECUPERADOS EN LA ARGENTINA DEL BICENTENARIO. Por <i>Miriam Kriger</i>	8
PARTE 1. LA POLÍTICA VUELVE A ESCENA	
La política posible: nuevos sentidos, de la representación a la acción. Por <i>Miriam Kriger</i>	35
“La política” y “lo político”: plantear dilemas para construir problemas. Por <i>Miriam Kriger</i>	52
Memorias sociales y narrativas escolares de la historia reciente: cómo se explican los jóvenes la desaparición de personas durante la última dictadura. Por <i>Miriam Kriger</i>	81
PARTE 2. CONSTRUCCIONES SUBJETIVAS DE LA POLÍTICA	
De la ciudadanía ideal a los ciudadanos en situación: “la inseguridad” como problemática social del nosotros o como amenaza del otro. Por <i>Miriam Kriger y Cynthia Daiban</i>	122

De cómo se construye el posicionamiento de los jóvenes ante situaciones de vulneración de derechos. <i>Por Hernán Fernández-Cidy Miriam Kriger</i>	165
PARTE 3. LA POLÍTICA DESDE UNA PERSPECTIVA DE CLASE <i>Con las manos limpias. Política y moral en jóvenes de clases altas. Por Miriam Kriger y Juan Dukuen</i>	201
Entre el decir y lo dicho: una discusión sobre los aportes de Bourdieu para comprender la formación de disposiciones políticas en jóvenes de clases populares. <i>Por Juan Dukuen</i>	241
SOBRE LOS AUTORES	280
BIBLIOGRAFÍA	284

**PARTE 3**  
**LA POLÍTICA**  
**DESDE UNA PERSPECTIVA DE CLASE**

# CON LAS *MANOS LIMPIAS* POLÍTICA Y MORAL EN JÓVENES DE CLASES ALTAS<sup>1</sup>

Por *Miriam Kriger y Juan Dukuen*

En este capítulo proponemos un análisis de las *disposiciones políticas* de jóvenes de clases altas a partir de las indagaciones llevadas a cabo en una de las escuelas donde realizamos la investigación: un establecimiento privado del conurbano norte de la provincia de Buenos Aires. En este caso, buscamos *explicar y comprender* cómo intervienen la política y la moral, en tanto dimensiones cognitivas y emotivas de tales disposiciones políticas, haciendo énfasis en la condición de clase de los jóvenes.

1 Hemos presentado análisis parciales de los resultados trabajados en este capítulo en Kriger y Dukuen (2014: 59-84).

El análisis que presentamos a continuación busca contribuir a esa *explicación-comprensión* introduciendo elementos de una línea teórica poco trabajada en el área de estudios sobre juventud y política: la sociología de Bourdieu. En consecuencia, desde una perspectiva de inspiración bourdeana (cfr. Dukuen, 2013b) nos preguntamos por el vínculo entre capital cultural, clases sociales y disposiciones políticas. Esta pregunta nos permite señalar que, si bien la obra de Bourdieu ha sido retomada en los últimos diez años en valiosas investigaciones latinoamericanas que trabajan la relación entre juventud y capital cultural-escolar (entre ellas: Dávila et al., 2006; Martínez et al., 2009; Brandão, 2009; Gayo, 2013), cuando nos dirigimos al vínculo entre jóvenes y política, en especial en el caso argentino, la presencia de esta perspectiva se vuelve marginal. De hecho, debemos señalar como excepción inspiradora en este país las investigaciones de Vázquez (2010, 2012, 2013), que toman como objeto a agentes o agrupaciones con prácticas “militantes”, refiriendo a la crítica de Bourdieu (1990b) el uso de la categoría “jóvenes” –que compartimos ampliamente<sup>2</sup> y trabajando las nociones

2 Lejos de una comprensión esencialista, las categorías de jóvenes y/o juventud(es) son objeto de las *luchas de clasificación* que comprenden (sin ser exhaustivos) al “campo de estudios de juventud”, a los partidos y agrupaciones políticas y

de “habitus” y “trayectorias”. Aun así, dichas investigaciones toman como objeto a jóvenes militantes pero no se ocupan de: las *disposiciones políticas en dominios de la práctica* (cfr. Dukuen, 2013a) no específicamente militantes (como el escolar), pero que operarían como su condición de posibilidad (Bourdieu, 1979; 1990a); y la configuración que esas disposiciones presentan en *jóvenes escolarizados de diferentes clases sociales*, y en especial de clases altas.

Es en ese hiato donde interviene nuestro trabajo, en el cual vamos a discutir hallazgos empíricos referidos a la relación entre: las disposiciones políticas de jóvenes escolarizados y su capital cultural-económico (Bourdieu, 1979), centrándonos en cómo se estructura tal relación entre *jóvenes de clases altas* (véase Kriger y Dukuen, 2012, 2014). A continuación retomaremos los supuestos teóricos<sup>3</sup> y empíricos que son condición de producción de la investigación que presentaremos aquí.

militantes, al Estado y sus políticas públicas, a ciertos subcampos de producción cultural y científica –los estudios sobre “juventudes”, entre otros– y a los agentes que se identifican/son identificados por ellas.

<sup>3</sup> Los aspectos teóricos referidos a la socioantropología de Bourdieu han sido trabajados exhaustivamente en la investigación de tesis doctoral de Juan Dukuen (2013a) y en diversos artículos (Dukuen, 2010; 2011a y b; 2015b; 2016; Ralon de Walton y Dukuen, 2013).

## CAPITAL CULTURAL, CLASES SOCIALES Y DISPOSICIONES POLÍTICAS

En cuanto al punto relativo a las *disposiciones políticas* (Bourdieu, 1979), entendidas como *modos incorporados de pensamiento y acción políticos que actúan como resortes para las prácticas*,<sup>4</sup> en el estudio que realizamos se indagó la existencia de participación previa y presente en agrupaciones políticas y sociales, así como la disposición de los jóvenes a participar potencialmente en el futuro. En ese sentido, consideramos la política como una dimensión central del vínculo de los ciudadanos con el “proyecto común” (Kriger, 2010a) que no se limita a la política formal (por lo cual hemos incluido en nuestra categorización prácticas sociales no tradicionalmente políticas), pero que tampoco incluye la totalidad de las prácticas sociales, aun cuando en alguna medida todas son portadoras de politicidad. Al respecto, de acuerdo con Bonvillani et al. (2010), si bien la *politización* es un horizonte constitutivo de los vínculos sociales, no puede atribuirse carácter político a todo colectivo ni sistema de prácticas. Asimismo, desde una perspectiva cognitiva

4 Para una profundización sobre la perspectiva de Bourdieu para estudiar las disposiciones políticas, se recomienda la lectura del siguiente capítulo del libro, escrito por Juan Dukuen.

consideramos que, si bien todos los hombres son sujetos sociales, no todos llegan a ser sujetos políticos plenos, aunque todos sus actos tengan ineludiblemente sentidos y efectos políticos (Kriger, 2010a). Asumiendo la distinción entre ciudadanías activas y deficitarias (Ruiz Silva, 2009), decimos que la formación de la subjetividad política –que incluye la autoconciencia y la autocalificación– no responde a un desarrollo biológico ni espontáneo, sino a una construcción cultural, histórica y social (Carretero, 2007). Esto fundamenta el derecho de todo ciudadano a acceder a una educación política en el marco de una democracia de iguales, y ha justificado en gran medida el origen mismo de la educación estatal (ampliar en Carretero y Kriger, 2004).

En relación con el punto relativo al capital cultural-económico, la propuesta de Bourdieu en *La distinción* (1979) nos permite realizar algunas precisiones respecto de las *especies de capital*, en el marco de la estructura del *espacio social*, el cual se construye a partir de *tres dimensiones: volumen del capital, estructura del capital y la evolución en el tiempo de ambas* (cfr. Bourdieu, 1979: 128 y ss.). Brevemente señalamos que en las sociedades postindustriales el *capital cultural* se define especialmente por la certificación escolar, y el *capital económico* por el nivel de ingresos, patrimonio, etcétera. Para un análisis del *espacio social* y la distribu-

ción del capital, Bourdieu propone distinguir *diferencias primarias* que permiten establecer grosso modo las grandes clases de condiciones de existencia, que encuentran su principio en el *volumen global del capital* (económico y cultural). Así se va desde las clases que están mejor provistas de ambos capitales (dominantes) a las clases más desprovistas (dominadas). Además, Bourdieu señala *diferencias secundarias* relativas a la *estructura del capital* que permiten establecer fracciones de clase según la distribución de cada especie de capital en el capital global. Por ejemplo, dentro de la clase dominante hay una fracción dominada (+capital cultural –capital económico) compuesta por intelectuales, artistas, profesores, etcétera, y una fracción dominante (+capital económico –capital cultural) compuesta de industriales y grandes comerciantes.<sup>5</sup>

Esta referencia nos permite retomar como antecedentes de nuestras investigaciones estudios que relacionan: la distribución desigual de las especies de capital (económico y cultural) que permiten ubicar a un agente en una condición de clase, y sus disposiciones políticas.

5 Lo que Bourdieu observa en las clases dominantes, entonces, es una *estructura en quiasma*, que se define por el tipo de estrategias de reproducción –que puede ser de tipo escolar o económica– y de la que depende cada fracción de clase (véase en Bourdieu, 2011).

En el capítulo 8 de *La distinción*, Bourdieu (1979; cfr. Dukuen, 2013b; Nordmann, 2010; Lane, 2006; Wacquant, 2005) analiza el índice de no respuesta a preguntas “políticas”, y observar cómo este crece a medida que baja el capital cultural de los agentes. Esto implicaría una correlación fuerte entre capital cultural y disposiciones políticas, las cuales estarían desigualmente distribuidas entre las clases en relación con las condiciones culturales de su producción y legitimación, poniendo en evidencia los efectos del capital cultural de tipo escolar. A su vez, desde una mirada bourdeana se entiende que las disposiciones políticas incluyen la autopercepción y autocalificación de los agentes como aptos o no para la política, respecto de lo cual Bourdieu (1979) observa una correlación muy marcada entre el capital escolar y ciertas competencias que la escuela no enseña directamente, como las relativas al arte o la política.

Para Bourdieu, la escuela es el lugar de un *acto de institución* que mediante sus rituales y sus títulos produce subjetiva y objetivamente diferencias y distinciones de estatus muy marcadas, lo cual incluye la relación con la política:

entre los efectos más ocultos del sistema escolar se encuentra el de “nobleza obliga” [...] aquellos que están socialmente designados como competentes,

como quienes tienen el derecho a la política, que es al mismo tiempo un deber, poseen mayores oportunidades de convertirse en lo que son, de convertirse en lo que les dicen que son, es decir, en competentes en política. (Bourdieu, 1990a: 256-257)

De esa manera Bourdieu produce la hipótesis de una correlación bastante marcada entre posesión de capital cultural, especialmente escolar, y disposiciones políticas.

En esta senda, un estudio local (Gordon y Moguillansky, 2003) analiza la participación política estudiantil universitaria, estableciendo el nivel de estudio alcanzado por los padres como indicador socioeconómico y de capital cultural —la condición de clase— con el que llegan a la Universidad sus hijos; concluyendo que existe una relación entre ambos: a mayor capital cultural, mayor participación política de los estudiantes. Esta hipótesis ha sido una herramienta heurística para nuestra propia investigación, y será trabajada en este capítulo, aclarando que esta ecuación sigue vigente aun cuando tal participación política suele transfigurarse como contrademocrática (Rosanvallon, 2006) y presentarse a sí misma como “antipolítica”. Como señala Espósito, ella “no es lo contrario de la política, sino simplemente su imagen invertida: una manera de *hacer* política contraponiéndose exactamente a ella” (Espósito, 2006: 12).

Con respecto a nuestra investigación, cabe recordar que, como se señala en la presentación de este libro, fue realizada entre los años 2010 y 2013, sobre una muestra de alumnos (N=275) de diecisiete y diecinueve años de edad, de ambos géneros, provenientes de siete escuelas medias de la ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense, de diverso nivel socioeconómico. Constó de dos instancias, cuantitativa y cualitativa, siendo la primera un estudio descriptivo con diseño transversal, donde se aplicó a la totalidad de la muestra un cuestionario escrito individual autoadministrable de 34 ítems, para profundizar el conocimiento sobre el vínculo entre juventud y política en un contexto de creciente politización y de reconocimiento de los jóvenes como actores políticos. A través de los datos personales relevados en la encuesta y las características de los colegios, realizamos una categorización de los alumnos por condición de clase, e indagamos en sus disposiciones políticas, con el fin de observar la existencia de relaciones entre ambas dimensiones y desarrollar hipótesis puestas a trabajar en profundidad en la siguiente etapa.

La segunda instancia, cualitativa, se realizó sobre un grupo de veintidós alumnos elegidos al azar entre los jóvenes voluntarios de cada una de las escuelas, y consistió en entrevistas individuales en profundidad, semiestructuradas, siguiendo los lineamientos del método clínico-crítico piagetiano (Delval, 2006), según el cual se piden justificaciones

del punto de vista de los sujetos para luego ofrecer argumentos contrarios y evaluar la estabilidad de su pensamiento. La pauta de las entrevistas se basó en dos objetivos: profundizar la interpretación de los hallazgos empíricos de la primera parte de este estudio –en especial, la mayor disposición de los jóvenes de clases altas a la participación futura en partidos políticos–, e indagar de qué modo ella se vincula con su valoración y creencia “en la política y los políticos” en el contexto argentino contemporáneo. De esta manera, al trabajar tanto cuantitativa como cualitativamente, articulamos *explicación* y *comprensión* como una contribución al proyecto bourdeano de superación de la oposición clásica entre métodos (Bourdieu et al., 1963; 1993).

A continuación presentaremos resultados y hallazgos parciales de las instancias cuantitativa y cualitativa del estudio realizado, referidos específicamente al problema planteado. Primero tomaremos como objeto de análisis cuatro ítems del cuestionario (2, 10, 25a y 25b), que nos permitirán categorizar a tres escuelas de la muestra como *representantes-tipo* de tres *condiciones de clase* (altas, medias y populares), para luego centrarnos específicamente en el análisis de cinco entrevistas individuales provenientes sólo de la escuela de clases altas,<sup>6</sup> que nos permitirán indagar en sus disposiciones políticas.

6 En el capítulo 1 se emprende un análisis general acerca de las creencias, valora-

## **SOBRE LAS RELACIONES ENTRE CAPITALES CULTURALES-ECONÓMICOS Y DISPOSICIONES POLÍTICAS**

Atentos al objetivo de observar el vínculo entre disposiciones políticas y capital(es) culturales y económicos, y a sabiendas de los límites de un cuestionario no desarrollado originariamente según los lineamientos bourdeanos, establecimos la condición de clase de los jóvenes de la muestra a partir de dos indicadores confiables evitando un alto índice de no respuesta: el nivel socioeconómico del colegio al que asisten, determinado por el barrio y por la condición público/privado (ítem 2 del cuestionario), y el máximo nivel educativo paterno<sup>7</sup> (ítem 10) (Bourdieu, 1979; Gordon y Moguillansky, 2003). A partir de ello, un análisis de la muestra (N=275) nos permite categorizar a tres escuelas (N=140) como *representantes-tipo* de tres *condiciones de clase*, que se diferencian muy específicamente por el peso relativo del capital cultural, indicado por el nivel educativo paterno. Ellas son: escuela privada de clases

ciones y disposiciones hacia la participación política de la totalidad de los jóvenes que participaron de la investigación.

7 Para evitar un alto índice de no respuesta, este criterio es señalado por Bourdieu como aquel más pertinente a la hora de definir la condición de clase porque “las diferencias son más claras y en todo caso más visibles en materia de instrucción que en materia de ingresos” (Bourdieu, 1979: 128).

altas (barrio cerrado de zona norte del conurbano bonaerense), donde el 80,4% de los padres posee estudios terciarios/universitarios completos y el 19,6% secundarios; escuela pública con población de clases populares (zona sur del conurbano bonaerense), con padres con un 3,3% de estudios terciarios/universitarios, un 34,4% secundarios y un 62,3% primarios; y escuela pública de un barrio tradicional de sectores medios (C.A.B.A.) con padres con un 51,1% de estudios terciarios/universitario, un 36,4% secundarios y un 12,1% primarios.

		Nivel de estudio del padre				
			Primario	Secundario	Terciario/ universitario	Total
<b>Colegio</b>	Clases altas	Recuento	0	9	37	46
		0% de colegio	0%	19,6%	80,4%	100%
	Clases populares	Recuento	38	21	2	61
		0% de colegio	62,3%	34,4%	3,3%	100%
	Clases medias	Recuento	4	12	17	33
		0% de colegio	12,1%	36,4%	51,5%	100%

## **NIVEL DE ESTUDIO DEL PADRE SEGÚN CONDICIÓN DE CLASE DEL COLEGIO**

En cuanto a la participación política (que analizaremos en el apartado siguiente), hemos tomado dos ítems, el 25a, “¿Participaste, participas o participarías de un

partido político?”, y una “opción negativa absoluta”, y el 25b, “¿Participaste, participas o participarías de un movimiento social?”, y una “opción negativa absoluta”. En ambos casos, se indaga la existencia de experiencias previas y presentes de participación, así como la disposición a participar potencialmente y su negativa absoluta.

En relación con la pregunta 25 a, los resultados obtenidos por colegio/condición de clase son los siguientes. Participó: colegio privado de clases altas 0%; colegio público clases populares 3,3%; colegio público clases medias 6,1%. Participa: 2,2%, 4,9% y 3,0% respectivamente. Participaría: 30,4%, 19,7% y 9,1% respectivamente. Opción negativa absoluta: 67,4%, 72,1% y 81,8% respectivamente.

		25a. Partido político					
			Participó	Participa	Participaría	Negativa absoluta	Total
<b>Colegio</b>	Clases altas	Recuento	0	1	14	31	46
		0% de colegio	0%	2,2%	30,4%	67,4%	100%
	Clases populares	Recuento	2	3	12	44	61
		0% de colegio	3,3%	4,9%	19,7%	72,1%	100%
	Clases medias	Recuento	2	1	3	27	33
		0% de colegio	6,1%	3,0%	9,1%	81,8%	100%

## **PARTICIPACIÓN EN PARTIDO POLÍTICO POR COLEGIO/CONDICIÓN DE CLASE**

En relación con la pregunta 25b, los resultados obtenidos por colegio/condición de clase son los siguientes. Participó: colegio privado de clases altas 4,3%; colegio público clases populares 6,6%; colegio público clases medias 6,1%. Participa: 8,7%, 3,3% y 9,1% respectivamente; Participaría: 34,8%, 21,3% y 21,2% respectivamente. Opción negativa absoluta: 52,2%, 68,9% y 63,6% respectivamente.

		<b>25b. Movimiento social</b>					<b>Total</b>
			Participó	Participa	Participaría	Negativa absoluta	
<b>Colegio</b>	Clases altas	Recuento	2	4	16	24	46
		0% de colegio	4,3%	8,7%	34,8%	52,2%	100%
	Clases populares	Recuento	4	2	13	42	61
		0% de colegio	6,6%	3,3%	21,3%	68,9%	100%
	Clases medias	Recuento	2	3	7	21	33
		0% de colegio	6,1%	9,1%	21,2%	63,6%	100%

## **PARTICIPACIÓN EN MOVIMIENTO SOCIAL POR COLEGIO/CONDICIÓN DE CLASE**

Uno de los primeros resultados que se desprenden del análisis es la baja presencia de disposiciones hacia la participación en partidos políticos como en movimientos

sociales, signado por la alta negativa absoluta a las tres posibilidades de participación, la cual atraviesa claramente a los colegios-condiciones de clase. En este punto comparativamente los porcentajes son los siguientes. Colegio privado de clases altas: 67,4% partido político; 52,2% movimiento social; colegio público clases populares 72,1% y 68,9% respectivamente; colegio público clases medias 81,8% y 63,6% respectivamente; siendo el punto máximo de negativa en partido político el colegio de clases medias con 81,8%, y en movimiento social el de clases populares con 68,9%. Esto nos muestra que, cuando pasamos de partido político a movimiento social, la ausencia de disposición disminuye a través de las clases: superando la negativa en 18,2% en el colegio de clases medias, 15,2% en el colegio de clases altas, y 3,2% en el de clases populares. Esto significa que, como hemos mostrado en artículos de nuestra autoría (Kriger y Dukuen, 2012; 2014), hay una mayor negativa general hacia la participación en partidos políticos que en movimientos sociales; destacándose el hecho de que la distinción entre ambas disminuye drásticamente en el caso del colegio de clases populares (3,2%). Vale señalar que la baja participación política que encontramos y que atraviesa a todas las clases coincide con lo señalado para el nivel universitario por Delfino y Zubieta (2011). En ese sentido, la encuesta como técnica permite cues-

tionar las evidencias de sentido común, en este caso sobre la percepción de una intensa y extensa *politización* juvenil, que podría verse distorsionada en el marco de un proceso epocal de “consagración de la juventud” (Vázquez, 2013), que estaría menos ligado con la propia intervención de la juventud en el campo político que con la consagración de los adultos de la condición juvenil.

Es en la participación política de los jóvenes en el caso de la “participación futura” donde los porcentajes crecen, en especial en los jóvenes de clases altas: colegio de clases altas, 30,4% partido político, 34,8% movimiento social. Colegio de clases populares: 19,7% y 21,3% respectivamente. Colegio clases medias 9,1% y 21,2% respectivamente. Además, señalamos que en términos generales las disposiciones crecen en ambos casos, y comparativamente cuando la participación se refiere a movimientos sociales.

Como vemos, en todas las clases sociales se prefiere el movimiento social al partido, lo cual puede interpretarse como una mayor impronta de lo político-instituyente sobre la política-instituida (Lefort, 1992) o de las formas de participación directa propias de la “democracia de implicación” y “de intervención” sobre las representativas asociadas al sistema político-estatal propias de la “democracia de expresión” (Rosanvallon, 2006). También puede leerse como una rasgo juvenil de preferencia

de espacios más informales y cercanos a su experiencia de vida; o como una persistencia del distanciamiento de la política tradicional profundizado en los noventa. No obstante, esta diferencia es notablemente menor y no significativa solamente entre los jóvenes de clases altas, en particular en la disposición futura (30,4% y 34,8%), lo cual podría estar indicándonos que la política tiene una mayor legitimidad en ese grupo, cuyas razones interpretamos a partir de las entrevistas realizadas en la segunda instancia del estudio.

Aunque en este capítulo nos centraremos en el caso de los jóvenes de clases altas, entendemos que la diferenciación en las disposiciones a la participación futura en un partido político entre el colegio de clases populares (19,7%) y el de clases medias (9,1%) es un hallazgo que permite repensar y matizar la relación determinante entre capital cultural y disposiciones políticas inspirada en Bourdieu, como lo hemos señalado en otros trabajos (Kriger y Dukuen, 2012; Dukuen 2013b). De hecho, el colegio de clases medias presenta el porcentaje más bajo –y no el de clases populares, como cabría esperar desde la hipótesis bourdeana–, lo cual nos señala que la ausencia o presencia del capital cultural no sería un factor explicativo-comprensivo determinante *en sí*, sino que cobraría sentido sólo en su vínculo estructural-relacional con otros capitales (más o menos legítimos) que pueden

articularse con él, e incluso sustituirlo. En ese sentido, y de acuerdo con el desarrollo que se realiza en el siguiente capítulo de este libro, pudimos observar en situación de aula en la misma escuela de sectores populares de Laferrere (La Matanza) discusiones entre los estudiantes en torno a sus identificaciones políticas: mientras que unos se identificaban con “el peronismo federal” (representado entonces por Francisco De Narváez), otros lo hacían con “el kirchnerismo” (representado por Néstor y Cristina Kirchner).

Al respecto, propusimos la hipótesis de que los modos de interpelación que toman al “pueblo” como sujeto –en este caso, a los “jóvenes” de clases populares en el marco de un proyecto “común” operado desde el Estado que refería a lo “nacional y popular” mediante prácticas discursivas y no discursivas– podrían contribuir al auto-reconocimiento de los sectores populares como agentes políticos. Es decir: como todo proceso que tiende a producir una suerte de “toma de conciencia política”, se vuelve “solidario con una verdadera empresa de rehabilitación y restauración de la autoestima” (Bourdieu, 1979: 460), que puede dar lugar a la institución de una *competencia social* que entroncaría con la *posibilidad* de formación de *grados de competencia técnica* en política.

Lo anterior implica que es posible la formación de disposiciones políticas cuyo fundamento no es el capital

cultural legítimo, sino otros modos de circulación e incorporación de capitales sociales y simbólicos. Es decir: formas de *reconocimiento* con una legitimación localizada, las cuales pueden ser extremadamente heterogéneas e incluir –sin ser exhaustivos– desde la participación como “beneficiarios” de programas sociales estatales y/o la pertenencia a bachilleratos populares, hasta prácticas militantes en el activismo territorial, movimientos de desocupados, sindicatos y partidos políticos. En estos modos de circulación y apropiación de capitales sociales y simbólicos propios de una *socialización política* (Bargel, 2009; Fillieule, 2012) en experiencias colectivas, se pueden producir conversiones a otros capitales, tales como el capital militante y/o político (cfr. Poupeau, 2007) producto del aprendizaje e incorporación de habilidades prácticas (es decir, *disposiciones*) como organizar una manifestación y hablar en público, las cuales son centrales en el juego político.<sup>8</sup>

Por otro lado, en los jóvenes de clases altas podemos comprender la importancia de la reproducción del capital cultural vía inversión en una trayectoria educativa determinada, y su contribución a la incorporación de disposiciones políticas. Por eso mismo, el hallazgo empírico que

8 Para profundizar en este análisis, recomendamos la lectura del capítulo 7.

queremos destacar en este capítulo, y que conecta de manera directa con la hipótesis de Bourdieu sobre la correlación entre capital cultural y disposiciones políticas, refiere a que el índice más alto de “participación futura” en partido político y movimiento social aparece en los jóvenes del colegio de clases altas, mostrando escasa diferencia entre ellas. En este contexto, encontramos que estamos ni más ni menos que frente a una forma “situada” que adopta la “buena voluntad cultural”, caracterizada como *reconocimiento* más que *conocimiento o práctica* de la cultura legítima. Igual que en el caso estudiado por Bourdieu (1979), esto caracteriza a las burguesías en ascenso: la participación política y social es ideal y legítimamente positiva como horizonte posible de clase de una sociedad democrático-liberal. Sin embargo, en nuestro estudio se diferencian con claridad los dos tipos de participación, siendo el porcentaje de participación presente del 2,2% partido político y del 8,7% movimiento social. Todo esto nos llevó a indagar en profundidad la forma en que se expresan en el discurso verbal las disposiciones políticas en los jóvenes escolarizados de clases altas, a través de entrevistas en profundidad.

## UN ANÁLISIS DE LAS ENTREVISTAS A ESTUDIANTES DE CLASES ALTAS

El análisis de las cinco entrevistas a estudiantes de la escuela de clases altas nos ha permitido desarrollar una interpretación sobre la forma particular en que se expresan sus *disposiciones políticas*. Como punto de partida hemos propuesto una hipótesis exploratoria proveniente del campo de la psicología cultural que señala la existencia de un conflicto entre pensamiento político y juicio moral, que se expresa como *ambivalencia constitutiva* (Kriger, 2007) en los *esquemas* de pensamiento de los jóvenes. Se trata de una dinámica de adecuación que aplicamos específicamente al pensamiento sobre *la nación*, y que consiste en la copresencia de elementos conceptualmente contradictorios que se interconstituyen en su diferencia, generando conciliaciones que obstaculizan la percepción del conflicto cognitivo, pero favorecen la identificación e integración al *nosotros* nacional (Kriger, 2010a). En el trabajo trasponemos esa ambivalencia en términos bourdieanos, en el marco de una “buena voluntad cultural” y un “deber de la política” (Bourdieu, 1979), que la situación de entrevista como interpelación necesariamente “artificial” contribuye a poner de relieve cuando se la toma como objeto de análisis (cfr. Bourdieu, 1993).

A la hora de realizar el estudio empírico, observamos un primer índice del orden de las prácticas que conside-

ramos no debía ser pasado por alto, ya que es indicativo de la relación “subjetiva” de estos jóvenes de clases altas con “la política”: ante nuestro llamado a realizar las entrevistas, y a sabiendas de la temática de las mismas, los estudiantes en general (entre los cuales luego elegimos sólo cinco, al azar), exhibieron un gran interés en participar. Siguiendo a Bourdieu, este fue un primer indicio práctico de que frente a la política se autopercebían como aquellos que “están socialmente designados como competentes, como quienes tienen el derecho a la política, que es al mismo tiempo un deber” (1990a: 257). Podemos ver ahí una de las formas que adquiere el “deber de la política” como efecto de “nobleza obliga” (1990a: 256-257), al cual la escuela contribuye en el orden de las prácticas incorporando el sentimiento de autolegitimación –también llamado por Bourdieu (1990a) “competencia social”– en los nuevos “herederos”. Siendo estos estudiantes objeto de inversión en la adquisición/reproducción de un capital cultural escolar, ven potenciada su autolegitimación al encontrarse en un contexto sociopolítico de reconstrucción poscrítica donde se le otorga un rol central a la dimensión identitaria y al rescate de la nación/lo nacional como proyecto común a heredar/continuar por parte de los jóvenes, según constatamos en nuestras investigaciones recientes (Kriger, 2012; Kriger y Fernández-Cid, 2011; Kriger y Bruno, 2013; Kriger y Dukuen, 2012, 2014).

De hecho, desde un enfoque institucional, el director del establecimiento se mostraba interesado en que los jóvenes participaran, fueran críticos y discutieran entre sí sobre “política”; todo lo cual encontraba un correlato en las prácticas pedagógicas propiamente escolares: mientras realizábamos la encuesta pudimos observar en la escuela el desarrollo de una actividad de formación político-democrática; puntualmente, un simulacro de elecciones donde en cada aula debían armar “partidos políticos”, con plataformas, participar de debates y presentarse a elecciones.

También esta escuela —en línea con la mayoría de los establecimientos que forman a las clases altas en barrios privados y countries— proyecta e impulsa actividades solidarias y filantrópicas de asistencia a sectores “desfavorecidos” (cfr. Ziegler, 2004; Del Cueto, 2007; Tiramonti y Ziegler, 2008), lo cual no es un dato menor, ya que ubica subjetiva y objetivamente a los jóvenes en una *posición en el espacio social*, y en una *toma de posición* frente a sí y a los otros sociales de clase.

Esta combinación entre el aprendizaje escolar del ejercicio de la democracia liberal mediante el voto y la solidaridad asistencial respecto de otras clases sociales podría ser pensada como un ejercicio práctico de “la buena voluntad cultural” (Bourdieu, 1979). La misma es un rasgo de las *burguesías en ascenso* que conforman a “los que ganaron” (Svampa, 2001) en la década del noventa en

Argentina, y que son quienes pueblan los barrios cerrados y *countries* creados en los últimos veinticinco años (cfr. Del Cueto, 2007), como en el caso que estamos analizando. Entendemos que las prácticas señaladas contribuyen a incorporar en los jóvenes *disposiciones* relativas a lo que Bourdieu (1977) concibe como una “integración moral” que fundamenta un “porvenir de clase y una causalidad de lo probable” en clave propia (Bourdieu, 1974), sin perder de vista que cada *habitus* particular es una variante estructural de un *habitus de clase*: en las entrevistas pudimos observar que los “jóvenes” se identifican con una *trayectoria educativa y profesional en común* y con *apuesta a largo plazo* en universidades privadas con la que la escuela tiene vínculos. El caso ejemplar se observa cuando dos de los entrevistados mencionan su vocación y proyecto de seguir la carrera de Ciencia Política en dos universidades privadas y de élite, señalando que estaban muy interesados en “la política”:

Francisco (F): A mí me interesa mucho la política, voy a estudiar ciencias políticas.

Entrevistador (E): ¿Dónde?

F: En San Andrés. (Francisco, 18 años)

Ignacio (I): Yo voy a estudiar ciencias políticas, y también está la carrera de relaciones internacio-

nales, que es casi lo mismo, cambia el último año nada más.

E: ¿También en San Andrés?

I: No, voy a ir a la UCA. (Ignacio, 18 años)

En este punto en que muestran una absoluta certeza subjetiva sobre el porvenir, es donde encuentra un grado de evidencia empírica la conocida tesis de Bourdieu (et al. 1963; 1979) que señala que la distancia con la necesidad y con las urgencias económicas propias de una condición de clase burguesa habilita el carácter proyectivo de la conciencia y la adquisición de disposiciones escolásticas para tomar el futuro como objeto de reflexión y de objetivación en tanto proyecto subjetivo. De hecho, es uno de los factores que contribuirían a *explicar y comprender* la creciente *disposición política* en estos jóvenes, mayormente bajo la forma de “interés” y de “deber ciudadano” más que de práctica concreta. De hecho, la “naturalidad” con que los estudiantes discurren verbalmente sobre su *porvenir de clase* en el marco de un largo plazo en el que se ven formándose profesionalmente en la Universidad y adquiriendo las responsabilidades de un “buen ciudadano” (y entre las cuales se encuentra el “interés en la política”) no encuentra lugar para la duda o la contingencia. Detengámonos en las palabras de uno de los estudiantes que proyecta realizar la carrera de Ciencia Política:

E: Para vos, cuando te dicen “política”, ¿qué pensás?, ¿con qué lo asociás?

I: Yo qué sé, con armar el país. O con ayudar, en realidad, más que todo. Con ayudar a que cambien las cosas.

E: O sea, asociás la política con un significado, en primer lugar, positivo.

I: Y, sí. Es más, si quiero estudiar eso...

E: Digamos, tenés confianza en la política.

I: Sí.

E: ¿Y dirías lo mismo de los políticos?

I: No. Yo qué sé, creo que hay, pero no son los más conocidos. No me identifico con ningún gran partido político tampoco.

E: Pero hay gente que te dice: “Yo no confío en ningún político”. “Te metés en política y ya sos corrupto”. ¿Vos qué opinás de eso?

I: No, yo creo que no. Es más, al revés, si pensara así no estudiaría... estudiaría algo que nada que ver. Pero tampoco creo que... Todos me dicen: “Qué vas a estudiar ciencias políticas, ¿vas a ser presidente?”. No, nada que ver. Pero yo qué sé. Los diputados, por ejemplo, tienen mucho más de lo que a mí me gustaría ser, que los líderes políticos. (Ignacio, 18 años)

Si bien el interés en la política y su valoración positiva es una constante en todas las entrevistas, y a diferencia de la anterior con su futuro colega, que no expresó interés en ser un “político de profesión”, aquí se observa un acercamiento a la posibilidad de una práctica concreta que diferencia la función ejecutiva de la legislativa, y que puede relacionarse con una concepción solidaria, pero no política sino negadora de la misma en tanto no puede reconocer su dimensión conflictiva. Del mismo modo, “ayudar a armar el país” implica no identificarse con ningún partido político (y, por ende, con ninguna construcción propiamente política), sino con el “bien común” (percibido desde un enfoque individualista). Por ello podemos preguntarnos cuál es el sentido de la diferenciación valorativa entre la función política ejecutiva y la legislativa, algo que puede derivarse de cómo este joven define la política como profesión, frente a la negativa a estudiar “abogacía”:

E: ¿Qué opinan en tu medio de tu elección?

I: Y, por ejemplo, en mi familia todos me dicen: “Tenés que estudiar abogacía y después...”, pero yo no quiero ser abogado. Yo les decía: “El abogado siempre se para de un lado de los dos y trata de convencer de que lo de él es lo correcto. Y la política es el consenso entre ambas partes para el bien común. (Ignacio, 18 años)

La concepción “solidaria” de la política como “consenso para el bien común” es la forma en que el joven interpreta la función legislativa, donde se presentan proyectos de ley, se debate, se realizan modificaciones, etcétera; frente a la función ejecutiva, donde aparece el “líder político” (el Presidente) como una posición de mando ligada, por comparación, a la imposición del punto de vista del entrevistado. Veremos a continuación que, en el discurso de los jóvenes, el consenso y el bien común puestos del lado de “la política” se muestran como la contracara altruista frente al “egoísmo” y el beneficio propio de “los políticos”. Por eso mismo, allí donde aparece el “consenso para el bien común”, encontramos que en todos los entrevistados “la política” es altamente valorada, si bien ello disminuye cuando pasamos del plano moral (el *deber ser* y el bien común) al de las prácticas políticas propiamente dichas (lo que recuerda a “las manos sucias” de Sartre), donde se presentan las dificultades de gobernar y se las relaciona con defectos morales como “la mentira” y “la corrupción”. Este extracto de otra entrevista ilustra el movimiento que va desde la política como algo positivo a las prácticas políticas y sus agentes –los políticos– como algo negativo:

E: ¿Vos qué opinás de la política? Como concepto, ¿con qué lo asociás?

Romina (R): Lo asocio más con el manejo del país, de los recursos tanto materiales como de leyes. Es como lo fundamental, es como lo que hace andar más o menos al país. La política me importa mucho. Creo eso.

E: O sea, ¿la pensás positivamente?

R: Claro, sí. Pero, al mismo tiempo, veo como que la política de hoy en día, en general, es como que ensucia un poco el nombre. Tanta corrupción, tanta mentira, es como que está generando un distinto concepto de política, como de encubrir las cosas. Bueno, cosas que uno se entera como que traicionan un poco el nombre política en sí o democracia. Como que tiene dos lados, el lado bueno de gobernar y el bien común y, por otro lado, el egoísmo propio de las personas que gobiernan. Es como que depende de quién esté ejerciendo la política.

E: ¿Distinguirías entre la política y los políticos?

R: Claro, sí. Para mí, la política es algo positivo, algo que hace bien. Pero los políticos, generalmente, veo que no... que están buscando su propio bien. (Romina, 18 años)

La apelación recurrente en los discursos de los entrevistados a la idea de bien común o “el bien para todos”,

para designar aquello propio de la política y que debería guiar las prácticas de los políticos, recuerda en su propia tensión y de manera fallida a ese “interés por el desinterés” que consiste en *mostrarse* desinteresados por el interés particular (Bourdieu, 1994) e interesados por el bien común. Esto se ve en la respuesta de una entrevistada ante la pregunta por la relación entre política y políticos:

E: ¿Distinguirías entre la política y los políticos?

R: Para mí el problema son los políticos, no la política. Los mismos políticos que actúan no son conscientes de lo que son. Para mí, ellos buscan tener ganancias, no sé, beneficiarse de tal manera, y no se dan cuenta de que en realidad son la cabeza del país y tienen que buscar el bien para todos. (Romina, 18 años).

Este fragmento que distingue entre la política como herramienta y los usos que le pueden dar los políticos –en coincidencia con resultados de la instancia cuantitativa de este estudio (Ver Kriger y Dukuen, 2012; Kriger y Bruno, 2013)– puede ser comprendido por medio de las entrevistas y las fundamentaciones dadas por los jóvenes. Ahora bien, esta suerte de reivindicación de la política presenta visos de redención moral sobre la base del dilema egoísmo-interés propio vs. Altruismo-interés común,

de modo tal que los actos desinteresados y el “interés por desinterés” son justamente un “doble juego”, que los jóvenes no alcanzarían a vislumbrar cuando moralizan las prácticas políticas y las reducen a la obtención o no de ganancia económica. De hecho, el “interés por el desinterés” es una forma de interés y de “ganancia” propiamente simbólica, en la medida en que está en el fundamento del *reconocimiento*, que es uno de los capitales por antonomasia, especialmente en campos que se fundan en la negación del interés económico, como el artístico y el político (cfr. Dukuen, 2015a). Lejos de ello, observamos que, cuando incorporamos la pregunta por los políticos, la valoración y la creencia caen notablemente, siendo en general negativas, aunque también generando en ese déficit el propio ideal de los jóvenes relativo a la relación distanciada entre ciudadanía y política:

E: Si vos tuvieras que pensar en un ciudadano ideal, ¿sería un tipo que se mete en política o no?

Tomás (T): Totalmente, que le interesa a full. Me parece un gran problema de Argentina que todos dicen: “Que lo haga otro”. (Tomás, 18 años)

Pero el “doble juego” propio del “interés por el desinterés” que atraviesa con diferentes variables el campo político —y los campos de producción cultural en gene-

ral— encuentra su punto de remate y su imposibilidad misma en el discurso de estos jóvenes, ya que se fundamenta en una *ambivalencia constitutiva* (Kriger, 2010a) que, si bien les permite (a ellos, para sí) conciliar la tensión entre la política y la moral en su pensamiento, la vuelve más evidente como conflicto (para nosotros) al analizar su discurso. Por un lado, el marcado interés por la política se encuentra con el ideal de ciudadano que proponen. En este punto, estos jóvenes en particular se piensan a sí mismos como ciudadanos diferentes (con “las manos limpias”): responsables, honestos, conscientes del deber público (el bien común) y de su lugar distintivo en la sociedad. Por el otro lado, está la política encarnada como práctica de los políticos, que es el punto donde ella se vuelve *lo otro que sí misma*, o sea: un *problema moral* que, debido a la disociación que necesariamente introduce la ambivalencia constitutiva (digamos que como costo cognitivo de la adecuación psicológica), no parece encontrar en este planteo las condiciones para una *solución política*.

**UNA POLÍTICA SIN POLÍTICOS O LA POLÍTICA COMO DEBER:  
AMBIVALENCIA CONSTITUTIVA Y BUENA VOLUNTAD  
EN LAS DISPOSICIONES POLÍTICAS DE LOS JÓVENES DE CLASES ALTAS**

Como primera conclusión de este capítulo señalamos que, a pesar de la difundida percepción social en torno a la politización creciente y cabal de los jóvenes del discurso hegemónico ligado a la “consagración de la juventud” (Vázquez, 2013), y de los cambios positivos en los significados y valoraciones de la política entre los jóvenes que han participado de nuestro estudio, encontramos aún una baja disposición política en todas las clases sociales. No obstante, destacamos que entre los jóvenes de clases altas la disposición política alcanza un porcentaje más alto que en el resto para la participación en el futuro, y que si bien la elección predominante en cuanto al ámbito recae –al igual que en las clases media y baja– en las instancias sociales (movimientos) más que en las políticas (partidos), la diferencia entre ellas se achica notablemente, y se vuelve no significativa para la disposición potencial. En el contexto argentino reciente, esta mayor articulación de instancias mencionadas podría interpretarse de modo general como efecto del giro dado en la relación entre movimientos y partidos políticos en la Argentina en los primeros tiempos del kirchnerismo, que como emergente de la crisis del siste-

ma político –tal como señalan Pérez y Natalucci (2012)– desarrolló la estrategia de fundar transversalidad (Torre, 2005), absorbiendo bajo un gran paraguas partidario a las organizaciones de todo el espectro ideológico, recreando “una gramática movimientista” (Pérez y Natalucci, 2012: 11). Es cierto que dicha gramática tiene mayor visibilidad en los sectores populares, sin embargo, parece recrearse con éxito creciente en los modos de hacer política y establecer alianzas también en las clases altas (una parte de ellas, incluidas en el mismo “paraguas” o en desprendimientos del mismo, otras en el de “la oposición”). Aquí, las asociaciones corporativas logran construir más consenso y legitimidad utilizando una imagen que articula rasgos de organización civil y movimiento ciudadano en una propuesta partidaria de baja densidad colectiva e histórica (y en la cual la distancia entre “movimiento” y “partido” es licuada).

Para comprender los datos que señalaban la mayor disposición política de los jóvenes de clases altas, hemos abordado el análisis de entrevistas transponiendo la noción de *ambivalencia constitutiva* (Kriger, 2010a) en términos bourdeanos, en tanto “buena voluntad cultural” y “deber de la política” (Bourdieu, 1979). Allí pusimos el ojo en los sentidos atribuidos a la política y a su valoración: nuestra hipótesis inicial refería a la tensión entre pensamiento político e imperativo moral, por lo cual es de

suma importancia la distinción hallada entre “la política” y “los políticos” en los argumentos de nuestros entrevistados, en contraste con la visión negativa total que encontramos en investigaciones realizadas durante el período inmediatamente poscrítico (Kriger, 2007). Allí, la política aparecía como la fuente misma de corrupción (“mancha todo lo que toca”), con lo cual, si bien los jóvenes estaban interesados en participar de la reconstrucción del país, no contaban con la principal herramienta para ello, al menos en sociedades democráticas (la política). En cambio, ahora, al poder discriminar entre el ideal abstracto (republicano) y las prácticas reales y situada (históricas), nuestros entrevistados logran abrir el horizonte y habilitar un desafío generacional y propio, en el que la tensión entre el “deber de la política” y la “buena voluntad cultural” —como expresiones de la autopercepción de un porvenir de clase dirigente— hacen a una valoración positiva de la política, que inmediatamente se revela como abstracta al tropezar con la valoración negativa de la práctica política y los políticos reales, con base en el egoísmo y la “viveza personal”.

De esta manera se llega a la paradoja de postular una *política sin políticos*, fórmula que parece resultado de la implosión del conflicto, contenido bajo la forma de la coexistencia o conciliación, por el esquema de pensamiento de *ambivalencia constitutiva* (Kriger, 2010a). Pero cuando el “bien común” es reducido a un imperativo moral,

restringiendo su carácter histórico-político –que en última instancia refiere al problema de la legitimidad y la legitimación–, lo social se percibe como un territorio de iguales en armonía y no como una arena de lucha entre desiguales. Sólo tomando conciencia de eso se puede desarmar el dilema egoísmo/altruismo y mostrar su limitación moral como matriz de la política. Porque, más allá de la oposición abstracta entre lo privado delimitado al individuo –como sujeto del egoísmo– y lo público totalizado en la comunidad, la nación, etcétera –como objeto de altruismo–, lo social se hace real en pertenencias parciales que refieren a diversos niveles y dimensiones de la experiencia material. En este marco, las clases sociales difieren de los grandes colectivos, aunque pueden también desarrollar, en tanto *clases movilizadas* (Bourdieu, 1984), “conciencia”, identidad (e incluso lealtad) y construir un *nos-otros* con quien se comparte intereses y necesidades, diferentes a “los otros”. Un índice de ello podría encontrarse en la movilización de ciertas fracciones de las clases altas argentinas en la última década a favor de sus intereses de clase “ampliados”, siendo un hito “el conflicto del campo” de 2008.<sup>9</sup>

9 Nos referimos al conflicto entre el Gobierno nacional y los productores rurales en 2008 en torno a las retenciones a la producción agraria. Este episodio tuvo un

Ahora bien, si la nación es una “comunidad imaginada” (Anderson, 1993) a través de sofisticados dispositivos culturales, la sociedad es una comunidad vivida que se construye cotidiana e históricamente a través de pactos, contratos sociales, violencia simbólica o abierta (según se vea), pero siempre en conflictividad. De modo que, aun si aceptáramos que el “buen” ciudadano político no debe confundir/anteponer su bienestar particular al “bien común”, antes aparece el problema de establecer qué es el “bien común”, que no es autoevidente, ni natural, ni igual para/desde todas las posiciones de agentes, grupos y clases sociales.<sup>10</sup> El “bien común” no designa un único significado a priori, sino que es una construcción imaginada de la “cosa pública” en permanente disputa: es en sí mismo arena de luchas, que si bien en las repúblicas liberales tiene como fundamento y como horizonte la igualdad del género humano, se construye en cada presente entre agentes sociales des-

impacto político que dividió la opinión pública, con amplia difusión mediática y resonancias de otros momentos históricos. Entre nuestros entrevistados de clases altas en esta escuela en particular, cercana a la zona rural más rica de la Pampa húmeda, estos hechos forman parte de su memoria generacional, ya que muchos de ellos participaron junto a sus padres de cortes de ruta y medidas de fuerza, fijando un hito biográfico que enraíza su identidad de clase.

<sup>10</sup> El capítulo 4 profundiza en torno a los ideales de ciudadanía y a su vinculación con las prácticas situadas de los jóvenes.

iguales. En el marco de la vida de cada uno de ellos, son los intereses y valores de su grupo y clase –que se va ampliando desde la familia a través de procesos de socialización pero nunca llega a ser “la sociedad” en su totalidad– los que aparecen más ligados a los contenidos del “bien común”.

De ahí la importancia del pensamiento histórico y político (Kriger, 2011), que a través del desarrollo de la autoconciencia y la reflexividad permite acceder a una conciencia de la propia posición en el juego social y a una comprensión multiperspectiva del mismo (Carretero y Kriger, 2011a), a partir de lo cual el diálogo parte del “desacuerdo” (Rancière, 1996). Sólo entonces la desigualdad real de lo social se revela como injusta, porque al contradecir el ideal básico de la democracia pone en jaque el pilar del “bien común”, algo que evita el discurso de los jóvenes, al no hacer referencia a las luchas que jalonan la sociedad en torno a la distribución-apropiación desigual “del poder y la riqueza”. De hecho, interpretamos que los elementos morales del esquema de pensamiento que hemos denominado ambivalencia constitutiva evitan el conflicto cognitivo y se imponen sobre la aptitud para pensar políticamente.

En términos bourdeanos, entendemos que en el discurso de estos jóvenes de clases altas la política es pensada bajo la forma dramática de la *alodoxia* (Bour-

dieu, 1979), reconocimiento equívoco de la problemática consistente aquí en aplicar esquemas morales a problemas políticos, “resolviéndolos” en términos de conductas morales (egoísmo, ganancia, viveza personal, interés propio). En este punto, y en relación con la hipótesis referida a la formulación de las tensiones entre lo individual y lo colectivo en la idea de la política, el orden social no tiene estatus propio más que bajo la forma tributaria de la concepción de la sociedad como sumatoria de individuos, donde el “egoísmo”, “la viveza personal”, el “interés propio”, debe ser superado por la idea del “bien común”. Los entrevistados señalan que, si cada uno “deja de lado el interés personal” y “hace lo que debe”, se llega al “bien común”. Al concebir la sociedad como una sumatoria de individuos, se naturalizan las relaciones entre las clases –que no se conciben en tanto tales–, siendo el objetivo primario realizar una reforma moral individual que habilite la posibilidad de una participación política futura. De modo general, los ciudadanos, pero sobre todo los políticos o los “dirigentes” como categoría con la cual los entrevistados se identifican al proyectarse en un futuro, son señalados como aquellos que deberían dejar de lado su propio interés y centrarse en el de toda la sociedad (el bien común), como si no existieran intereses objetivos antagónicos intrínsecos entre las clases sociales y las dife-

rencias pudiesen ser resueltas con buena voluntad. Es interesante notar que ello presupone de modo implícito una contradicción básica entre el individuo y la comunidad que debe ser superada, por un lado, a través de la educación moral “de los ricos” para cumplir con su función política de clase dirigente, y, por el otro, con la educación moral de los otros, “los pobres”, para cumplir con su función ciudadana de pueblo representado, que debe saber elegir a sus buenos gobernantes, temas recurrentes en las entrevistas. Esto neutraliza la tensión en términos de clases sociales, de orden político, y la transforma en un problema moral (de ahí la filantropía y el asistencialismo), de modo que la propia condición de clase dominante queda naturalizada negándose a sí misma en sus condiciones sociales, lo mismo que se niegan las condiciones sociales de las demás clases. De esa manera, la sociedad, y la política de los políticos, es mirada desde arriba, siendo la participación política en el futuro un deber moral propio de un porvenir de clase.

Con las indagaciones presentadas en este capítulo esperamos haber contribuido al análisis de las variaciones que se juegan en la incorporación de los capitales culturales y económicos entre las clases, a la hora de fundamentar la relación de los jóvenes con la política, con sus disposiciones y esquemas de pensamiento y acción, como agentes activos de su sociedad.

Este libro trata sobre la relación de los jóvenes con la política en la Argentina del Bicentenario, momento de singular politización tras la salida de la crisis de 2001, en el cual la juventud adquirió visibilidad como protagonista del proyecto nacional rescatado. Se postula entonces la “repolitización” de los jóvenes, término que sin embargo no llega a expresar el reconocimiento de los sentidos propios de esta nueva generación ni a problematizar la capacidad de la sociedad para convivir con su novedad. Respondiendo entonces a la necesidad de comprender ese particular encuentro de jóvenes argentinos con la política, en este texto se presentan y discuten hallazgos de una investigación empírica realizada en tal período, que indaga distintas dimensiones de su politización, entendida no como un estado sino como un proceso psicosocial complejo, constructivo y dinámico, que genera interrogantes situados: ¿cuáles son los sentidos y valores que adquiere la política como dimensión clave del proyecto de la *comunidad imaginada* que es la nación, a la que esta generación viene a sumarse?, ¿qué disposiciones a participar y qué experiencias encontramos entre los jóvenes?, ¿cómo piensan la relación entre “la política” y “lo político”?, ¿cómo perciben su vínculo con el Estado?, ¿qué importancia le conceden al pasado común para el presente?, ¿cómo viven y piensan la desigualdad y la conflictividad social?